

Marcela Mollis

LA UNIVERSIDAD ARGENTINA EN TRÁNSITO ENSAYO PARA JÓVENES Y NO TAN JÓVENES

Presentación

El diálogo que voy a reproducir es tan real y elocuente como la sensibilidad de nuestros chicos, esos “locos bajitos”. En este caso se trata de una nena de 7 años que conversa con su mamá después de haberla acompañado a su lugar de trabajo:

“Mamá, ¿por qué papá cuando va al banco se viste bien y la gente está seria y acá está sucio, lleno de carteles y la gente se viste diferente?”

La mamá no respondió, sólo sonrió. Reflexionó inmediatamente sobre el valor histórico de la pregunta. Esa joven docente de la Facultad de Ciencias Sociales de una universidad pública, pensaba que el sistema financiero para una Argentina frívola es algo muy serio; en cambio las ciencias sociales ya no tienen el reconocimiento que tuvieron en la Argentina que albergó a Gino Germani y otros protagonistas de la Sociología, desde la segunda mitad del siglo pasado... En todo caso, a su hija le parecía que un banco es un lugar de trabajo más serio y prolijo que una facultad.

Toda buena pregunta encierra la posibilidad de desarrollar una buena teoría, de allí también el valor de las preguntas obvias. ¿Nuestras universidades, tienen su identidad en transición, o estamos en la antesala de la terapia intensiva del modelo universitario “reformista”?

Podemos reconocer algunos aspectos de la transición: de la producción y difusión del conocimiento a la función empresaria, del exitoso profesional titular de la cátedra más concurrida, al texto virtual mediatizado por la computadora o la imagen gélida en la pantalla de un televisor, de la experiencia directa o el análisis de un caso a la lectura de fotocopias, del espacio crítico reflexivo al encuentro con textos repetidos de verdades técnicamente “neutras” aunque filosóficamente dogmáticas.

Ingresar a las universidades constituye, hoy en día, una misión poco consecuente con el maravilloso relato de la obra de Florencio

Sánchez *M'hijo el doctor* de 1903. En esa obra los protagonistas dan cuenta del “sentido de la educación superior” que llena de vida esas breves escenas costumbristas de la pieza teatral. Ser universitario formaba parte del deseo de los padres del joven candidato, como del deseo del aspirante a subir las escalinatas de la Facultad de Derecho, de Medicina, o tal vez de Ingeniería. Esas escaleras representaban también la aspiración familiar de ascenso social. Para superar una historia de abuelos que vinieron de los barcos, había que llegar hasta el final del trayecto universitario y levantar el brazo con el diploma en mano, luego de una emotiva y prestigiosa ceremonia de jura. Las ceremonias universitarias reproducían el digno sentido que la sociedad le daba a sus instituciones formadoras de profesionales, aptos para participar en el mercado laboral de una Argentina que prometía ser la “Reina del Plata”. El costumbrismo de Florencio Sánchez no deja de ser testimonio de una época, sus valores y su sentido. A comienzos del siglo XX, la Argentina era una nación tan próspera por su lugar en el mundo como exportadora de materias primas para el continente europeo, que en París se había acuñado un nuevo dicho que decía: “rico como argentino”. Los inmigrantes que habían arribado a nuestras costas, lograron con su esfuerzo que sus hijos accedieran a las universidades que en Europa estaban abiertas al círculo selecto de familias no plebeyas.

¿Qué cambios se produjeron desde aquella expectativa social hasta llegar a estas patéticas ceremonias de jura de egresados universitarios? Una anónima escena grupal, con interminables listas de apellidos que al unísono aflojan un “sí juro” años después del trámite iniciado, supervivientes del frío de las ventanas abiertas en invierno, del calor que transpira el vidrio cerrado en verano, o la suciedad eterna de las aulas junto a desmantelados laboratorios que hace mucho albergaron a eminentes nóbeles.

¿Cuál es el sentido del diploma universitario en esta Argentina de los *reality shows* para ganar fama y dinero y los concursos telefónicos televisivos que prometen sueños accesibles y no diplomas devaluados?

Para sumar otras contradicciones a las paradojas de esta Argentina que no arribó a la modernidad industrial pero alcanzó el tren de la posmodernidad cultural, señalamos que sólo los jóvenes con diploma universitario y algún posgrado tienen posibilidades de “pertenecer” a las organizaciones empresariales tan deseadas. Dos caras de la misma luna, la que se abriga con la globalización que transporta el mensaje de la “sociedad del conocimiento” y la que se oscurece con una realidad nacional en franco retroceso productivo. ¿Qué lado de la luna será el que oriente las decisiones de nuestros jóvenes?

5. Dudas e incertidumbre: la decisión tan temida (fragmento)

En la Argentina del nuevo milenio, una importante cantidad de jóvenes que egresan del secundario experimenta una significativa incertidumbre con respecto a su futura elección educativa. Hemos descrito el contexto social y económico que condiciona y limita el horizonte de expectativas de estos jóvenes. La crisis, el visible deterioro de la escuela secundaria o Polimodal (así llamado en las jurisdicciones donde rige la Ley Federal de Educación 24.195, fuera de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires) contribuye a la confusión no sólo de los protagonistas de la decisión, sino también de su familia. Confusión y temores que también aparecieron en la historia de la humanidad occidental ante el desvanecimiento de certidumbres, al comenzar el año mil:

Con un nudo en el vientre por temor a errar, por temor al hambre y al futuro, así vive el hombre del año mil, mal nutrido, penando para extraer del suelo el pan con herramientas irrisorias. En este mundo duro de indigencia, la fraternidad y la solidaridad aseguran empero la supervivencia y una distribución de la escasa riqueza. Compartida, la pobreza es la suerte común. (Duby, 1995)

Aunque la historia se repita, Heráclito nos enseñó que no nos bañamos dos veces en el mismo río. La visión del hombre del año mil que Duby reconstruye, nos induce a pensar que este mundo duro de indigencia se diferencia de aquél, porque la humanidad del dos mil no busca en la fraternidad y la solidaridad la supervivencia, sino contrariamente, la busca en un competitivo darwinismo social. Los jóvenes del dos mil no se sienten protegidos por un tejido social que apela a la fraternidad como en el primer milenio, por el contrario, se sienten solos ante la responsabilidad de elegir.

Atraviesan por una encrucijada: tienen la misión de elegir una carrera para un futuro que perciben incierto, y ni siquiera poseen la información adecuada. La incertidumbre con respecto al futuro laboral aparece como una de las causas más fuertes de la desorientación de los estudiantes, a la que se suma la superoferta educativa que prolifera últimamente. Los jóvenes que quieren elegir, están saturados de información que proviene de los medios masivos de comunicación y del mercado de instituciones privadas: los folletos, las guías, los discos compactos, los *shoppings* o ferias de información universitaria, etc. El acto de elegir una carrera al terminar el colegio secundario se ha convertido en un “acto de consumo”, donde el estudiante es considerado como un futuro cliente. La oferta de la educación superior de mercado, es decir

aquellas instituciones que sobreviven sólo por la cooptación de estudiantes-clientes que pagan su matrícula, considera estratégico el momento previo a la elección institucional y difunden su oferta por distintos medios de información. Paradójicamente, los profesionales de la orientación vocacional reconocen que los estudiantes, hacia fines de los noventa, aunque tienen más información, están más desinformados.

El gran dilema que se les plantea, independientemente de las condiciones socioeconómicas de sus padres, es la salida laboral. Les preocupa prioritariamente que la elección educativa garantice un trabajo bien remunerado. La Directora del Departamento de Orientación Vocacional del CBC, afirma: “el fantasma del desempleo no deja pensar”.

Otros especialistas aseguran que la “apatía, indecisión y el desinterés que muestran muchos jóvenes, se adquieren también dentro del ámbito familiar, por la falta de diferenciación entre padres e hijos”. Existen familias en las que no se producen diálogos respetuosos y la experiencia de los adultos no es valorada por los más jóvenes.

La directora del Departamento de Orientación Vocacional del Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires, afirma:

La orientación vocacional está entendida no como un proceso que termina con un final feliz, sino como un proceso que tiene que terminar con una conclusión, el modo en que cada uno arriba a dicha conclusión es individual.

El Departamento de Orientación Vocacional de la UBA tiene tres misiones específicas: a) brindar gratuitamente información a los estudiantes y las escuelas que lo soliciten, a través de un ciclo de charlas y publicaciones (17 cuadernos de los cuales 13 corresponden a cada facultad y se complementan con una guía de Carreras y Cursos cortos que ofrece la UBA y 4 sobre carreras de Computación y Sistemas); b) la tarea de Orientación propiamente dicha, que consiste en entrevistas pautadas en función de cada caso específico, y c) la tarea de Investigación. Entre los temas que merecen analizarse, es el que se refiere al cambio de carreras que los alumnos realizan cuando ingresan al Ciclo Básico Común. En 1998 cambiaron de carrera más de diez mil alumnos, y en 1999 unos 15 mil estudiantes del CBC de la UBA (el 30% aproximadamente) modificó su elección de carrera antes de terminar el primer año del curso.

Los cambios de carrera, la confusión entre los contenidos curriculares y el posterior desempeño profesional habilitado por los diplomas, obedecen, en parte, a la engañosa promesa de los eslóganes publicitarios. El desengaño, la desilusión de los estudiantes aparece cuando comprenden que la carrera elegida no es la que “garantiza su futuro” y mucho menos que el “éxito depende de ellas”. Toda elección es exitosa cuando mejor representa el deseo, los intereses personales de los que eligen. La toma de

decisión —e incluso, la indecisión— que experimentan los egresados del colegio secundario frente a las alternativas educativas, está inmersa en un conjunto de valores sociales que condicionan las preferencias individuales puestas en juego en el momento de decidir (Dono Rubio y Cervi, 1998).

Algunos valores de la sociedad argentina con respecto a la educación, y sobre todo a la educación pública, hoy son recuperados de un modo renovado. Una reciente investigación de opinión pública dirigida por Mora y Araujo (1999) acerca de la educación superior en la ciudad de Buenos Aires, revela que la sociedad actual valora positivamente tener un título universitario y considera que el diploma de la Universidad de Buenos Aires es más apreciado que el de otras universidades. La valoración de la educación superior pública está asociada a nuevos atributos que se asignan a la imagen ideal de la universidad: carreras más cortas, mayor flexibilidad curricular, mayor diversidad de títulos, títulos intermedios, calidad de la enseñanza, investigación, etc. La Universidad de Buenos Aires es considerada por la mayoría como la mejor universidad del país. En segundo lugar se menciona la Universidad de Belgrano. La ventaja más frecuentemente atribuida a la educación pública es la gratuidad de la enseñanza, que la vuelve accesible a todos. En suma, entre los entrevistados predomina una valoración de la calidad de la enseñanza, la demanda de acceso amplio a ella y elevadas expectativas con respecto a la salida laboral que promueva. La UBA mantiene una imagen superior al resto de universidades porque se la reconoce como una institución que tiende a la actualización y modernización. La dimensión paradójica del estudio de Mora y Araujo es que en la Argentina de los noventa se construyó un fuerte descrédito de lo público en favor de las privatizaciones y se promovió un discurso detractor de la calidad educativa en instituciones gratuitas de libre acceso. Sin embargo, no se ha podido eliminar de la valoración social urbana esta inclinación en favor de la educación pública gratuita. El estudio sugiere como posibles factores que inciden en dicha inclinación: el desgaste de la imagen de las privatizaciones, la creciente importancia atribuida a la educación formal, y la tradición de menor excelencia académica de las universidades privadas, heredada fundamentalmente de la década de 1960.

La tradición histórica que sobrevive en la representación social que tienen los argentinos de la educación pública y privada merece una mención especial para comprender el sentido de lo que buscan los jóvenes.